

Nota crítica

Sobre bloqueo histórico y utopía en América Latina

Hugo Zemelman M.¹

Marco general

AMÉRICA LATINA VIVE un momento de reajuste que se pretende constituya un esfuerzo por recuperar la creatividad de la persona, creatividad que se busca identificar con la “dinámica liberadora” del mercado, nueva versión de un futuro óptimo resucitado del pasado. Es una idea que se vincula con la democracia, que se ofrece depurada de las contaminaciones propias de cualquier sistema de poder para revestir el carácter de un valor universal. Se olvida todo aquello que encubre en cuanto a situaciones de privilegio y subalternidad económico-social y política. Y se difunde con tal fuerza por los medios de comunicación que no se ofrece más alternativa que la de conformarse, esto es, la de encontrar la armonía y el consenso social. La política, por tanto, parece ser la encarnación misma de una utopía añorada que resulta, inesperadamente, ser parte de la misma realidad. Se nos ubica en una inercia, como si la realidad constituyera un túnel fuera del cual no cabe pensar ni soñar. En este contexto se impone un neoliberalismo militante y triunfalista que, ocultando sus viebres y perversiones, encuentra apoyo en el autoaniquilamiento de la experiencia estalinista, dolosamente identificada con la crisis de la utopía, así como en la frustración de los proyectos desarrollistas populares.

Pero, ¿por qué se habla de fracasos de la utopía?, ¿qué significa

¹ Una primera versión de este texto se leyó en la conferencia impartida en el posposium “Mundos nuevos-mundos opuestos”, organizado por la Casa de las Culturas del Mundo, del 7 al 14 de junio de 1992, en Berlín.

hablar de los fracasos de los proyectos populares de desarrollo? Veamos el contexto en que surgen estos interrogantes. Aludiendo a éste en la *Razón de los vencidos*, Reyes Mate afirma:

Se aprecia un espíritu de la conformidad como la falta de espíritu para seguir pensando [...] Esta renuncia a pensar es lo más opuesto al sentimiento de vivir un cambio. Pero lo lamentable no es sólo que se repita lo ya sabido, sino que se defienden ahora las mismas tesis ideológicas, los mismos proyectos políticos sin esa semilla de contradicción que simbolizó el Muro de Berlín [...] Sin ese Muro lo provisional se hace definitivo. Definitivo es el fracaso del comunismo y el triunfo del liberalismo. Mientras existió el socialismo real, el capitalismo no podía proclamar su victoria definitiva; aunque el socialismo real no fuera ninguna alternativa, existía la conciencia de que había que buscársela al capitalismo.

El vacío resultante ha dejado inerte al pensamiento crítico latinoamericano, preocupado por no perder la visión de que la realidad siempre excederá a cualquier teoría, o a cualquier esquematización ideológica; de este modo estamos siendo arrastrados hacia el rincón oscuro de la falta de visiones alternativas. Como nunca, hoy está vigente el bloqueo histórico del que ha hablado Agnès Heller. Para salir al paso a esta situación, entendemos que uno de los desafíos de las ciencias sociales es defender a la utopía, especialmente de quienes pretenden reducirla a pura imaginación o a simples deseos. La utopía, antes que nada, es la tensión del presente.

Lo imposible, ha dicho Ibsen, es lo que más atrae. Max Weber, en su época, ya había anticipado el poderoso cosmos del orden económico moderno como una “jaula de hierro” cuando sostenía que la sociedad no sólo es una jaula sino que todos los que la habitan están configurados por sus barrotes; son seres sin espíritu, en forma que “los críticos de la jaula de hierro adoptan la perspectiva de los guardianes de ésta”. Por eso, hoy requerimos de una variante del trato fáustico que, como recuerda Marshall Berman, suponga insistir en el reto de la posibilidad de autodesarrollo del hombre a costa de abandonar su esperanza de satisfacción, limitada y fija. Sin embargo, el momento histórico de hoy, junto con ofrecer las condiciones para ese desarrollo, es también paradójicamente la época de la unidimensionalidad del sujeto. ¿Cómo recuperar la utopía, que demanda la necesidad de otras realidades, en un contexto que masivamente pretende conformarnos con un fin unilateral de lo que se tiene que entender por futuro?

La coyuntura latinoamericana actual se caracteriza por el dominio del discurso económico-liberal, discurso que impone un bloqueo para pensar su realidad desde ángulos diferentes. Por eso una de las tareas de

las ciencias sociales es desentrañar los mecanismos que hacen posible este bloqueo, para poder vislumbrar nuevos horizontes. En esta dirección se puede considerar como un problema muy ilustrativo lo que ocurre con la integración latinoamericana, que quisiéramos tomar como base para estas notas sobre bloqueo y utopía.

Utopía contra mercado

En efecto, se afirma que América Latina ha iniciado una nueva etapa en su desarrollo cuyo rasgo más sobresaliente es la liberación del comercio internacional; aún más, se afirma que el mismo poder se muestra abierto en forma de que se perciba como parte de este esfuerzo de liberación. Vivimos o, más bien, se nos trata de convencer (y de hecho así ocurre con vastos sectores de la población) de una verdad que se plantea como sinónimo de recuperación de la creatividad de la persona, pero que no es más que un mecanismo mediante el cual se manifiesta el bloqueo para socavar la posibilidad de un pensar distinto, que se oponga a lo que domina en forma inmediata.

Desde la lógica que nos rige, la realidad parece haber encontrado su utopía, de manera que carece de sentido cualquier esfuerzo imaginativo que la cuestione. Todo esfuerzo de creación ha de estar, por tanto, calcado por esa forma ya alcanzada por la historia actual, que desplaza a todos los intentos por interpretarla en una dirección opuesta. Y con ello se pretende aplastar todo intento conducente a liberar al hombre en una sociedad más justa.

Es una necesidad imperativa salirse de los marcos de lectura fijados por el discurso económico del poder, que cada vez se reproduce en forma más homogénea por todas las latitudes de la región latinoamericana; hay que romper con sus lincamientos para ser capaces de vislumbrar realidades diferentes. Esta posibilidad exige afrontar el desafío de una utopía como la base constituyente de visiones renovadas de futuro para el desarrollo de América Latina. Desafío utópico necesario para romper con la trampa, pero que obliga, como requisito previo, que la gente real-ente quiera una utopía alternativa.

Para ver realidades nuevas hay que necesitarlas. Para forjar utopías requiere de esta necesidad por una realidad diferente, lo que supone conocer a ésta, saber distanciarse de lo establecido. Simplemente eso: distanciarse. Hay que saber reconocerla. Pero, ¿reconocemos a la realidad que nos circunda?

Reconocer a la realidad significa algo más que conocerla. Existe haber ubicarse en el momento histórico en que se vive, aunque este reco-

nocimiento no implica, en estricto sentido, un acto de conocimiento. Más bien es una forma de asombro, que integra a lo sabido con su contorno. Hay que colocarse en un umbral desde el cual poder mirar, no solamente para contemplar sino también para actuar. Es lo que entendemos por pensar histórico. Pero el pensar histórico supone no solamente romper con las ideas dominantes, sino también ser capaces de forjar proposiciones de futuro. Por lo mismo, no es un pensar que se someta a las reglas de la evidencia sino a las de la imaginación.

Este acto de imaginación constituye una necesidad para colocarse ante la realidad del mundo, la cual habrá que asumir, estimular y robustecer, afrontando los múltiples intentos por mutilarla. He aquí los peligros de las deformaciones tecnológicas, incluso profesionales, en la medida en que el imperativo de la eficacia llegue a atentar en contra de cualquier esfuerzo por ver la realidad con prescindencia de los cauces por los que se transita.

Se requiere de un pensamiento global que no se agote en el discurso económico dominante, por cuanto éste conforma una lectura mutilante, donde los horizontes se limitan a una esfera de la realidad que no cubre todos los sentidos que se contienen en el esfuerzo por construir la historia.

De ahí, por ejemplo, que la realidad de la integración latinoamericana no pueda pensarse estrictamente desde la óptica de su ámbito económico, aunque ello no significa negarlo pero sí equilibrar su gravitación con otras dimensiones de la realidad. Más allá de los hechos económicos relevantes, ¿qué significa hablar de integración?

Desde luego es un espacio, pero ¿para qué y para quién? Es insoslayable preguntarse si el que emergerá de la integración es un espacio de un solo futuro o, más bien, si es un espacio para una pluralidad de futuros posibles. La discusión parte de la premisa de que el futuro de la integración se confunde con una versión particular de ese futuro, el que proporciona el neoliberalismo, y que cualquier otra posibilidad está desde el inicio descartada por "la historia". A este respecto el colapso del estalinismo se utiliza como su demostración más contundente.

La integración de las estructuras económico-productivas, efectivamente, constituye un espacio básico para acelerar el dinamismo de las diferentes economías nacionales, pero sin olvidar que esta "globalización" disfraza eufemísticamente al conocido proceso de la transnacionalización de la economía; es decir, que expresa la expansión mundial de la estructura altamente centralizada del capital internacional. Se trata de una globalización que, simultáneamente con la integración económica, va produciendo (aunque no medien decisiones explícitamente asumidas) la adopción de un nuevo modelo de sociedad y de organización política congruente con las exigencias del proceso de transnacionalización.

Si, en virtud de su propia lógica económica, el proceso genera concentración del ingreso y, en consecuencia, crecientes desigualdades sociales (como resultado de las cuales una proporción cada vez mayor de la población tendrá que refugiarse en actividades marginales), resulta entonces que el desafío político de la transnacionalización consistirá en crear las condiciones para que se acepte sin resistencia la pobreza y la marginalidad. Vale decir, sin que los sectores sociales doblegados puedan desarrollar sus capacidades de presión social que permitan cuestionar al modelo dominante.

Por lo dicho, la integración significa algo más que la simple ampliación del espacio económico de operación de las estructuras productivas y de comercio. Constituye un nuevo ángulo desde el cual poder pensar a América Latina. Si ello es así, cabe preguntarse, ¿cómo será posible estimular y apreciar la formación de este nuevo pensamiento todavía en estado embrionario?, ¿cuáles serán los parámetros que sirvan de referentes a este nuevo modo de pensar y sentir a América Latina?

La esperanza de una región latinoamericana integrada entra en pugna con lo que llamaremos ángulo de fuerza en su interpretación, que se impone hoy día desde el plano del discurso económico. Este último, en efecto, permea las percepciones y visiones de la problemática, de manera que todas las que no se ajusten a sus requerimientos revisten el carácter de subsidiarias de la visión económica, dependiendo su legitimidad de los propios logros de aquélla. Ello plantea una de las más graves contradicciones, toda vez que el avance en las estrategias económicas de desarrollo se tienen que corresponder con formas de conducta, definiciones de futuro y modalidades en la organización política, que sean funcionales a su lógica. Pero, a la vez, estas formas pueden transformarse en obstáculos a una integración diferente que la que se promueve de conformidad con la lógica económica que se impone, pues sabemos que, para afianzarse, el neoliberalismo requiere de condiciones culturales, psicológicas y políticas que faciliten su opción de integración.

Sin embargo, a pesar de la urgencia por desbloquear el modo de pensar la integración, debemos evitar organizar un contradiscurso puramente axiológico. Son ejemplos de esto afirmaciones tales como “el esfuerzo ontológico del ser latinoamericano por el encuentro de su identidad”, el predominio de un “telos en la historia que permita descuidar su construcción”, o la apetencia por una esencia que ha de cumplirse como la del “hombre americano”; asimismo, planteamientos disyuntivos tales como “civilización o barbarie” que fortalecen un fatalismo histórico. Pero lo dicho tampoco significa caer en el extremo opuesto que, ante la eficacia de lo anterior, pretende abordar el futuro solamente desde el dogmatismo de los proyectos económicos vigentes.

Los desafíos de la hora exigen superar la fetichización de un *telos* mecánico de la historia. Más aún, hay que revalorar la idea de que la historia se construye y, por lo tanto, revalorar asimismo la voluntad para impulsarla; romper con los modelos teóricos contemplativos, estáticos, puramente explicativos, que caracterizan al quehacer académico; recuperar el protagonismo que encuentra su fuerza en la capacidad de asombrarse frente a la realidad, en cuanto la ausencia de asombro conduce a la ceguera y la ceguera a rechazar el descubrir el despliegue de lo-que-se-mueve, de lo potenciabile, de lo posible de ser construido como inédito.

El reto de la crisis por la falta de alternativas nos obliga a desplazar-nos desde un pensamiento puramente humanista hacia un pensamiento sociohistórico constructor de realidades; desde la reflexión teórica sobre la historia hacia lo político como conciencia de la construcción de lo necesario; del pasado que nos determina hacia una visión del futuro edificada desde un presente que luchamos por apropiarnos desde sus mismas potencialidades.

Muchos de los retos anteriores, como la libertad de decir y de creer en horizontes distintos, pierden su sentido opcional en la medida en que las mentes queden atrapadas en las representaciones del discurso dominante. En este contexto urge plantearse una mayor velocidad en la circulación de las ideas, para avanzar en el reconocimiento de opciones, de manera de romper con la lógica del mercado que se impone como ángulo forzoso de lectura de la realidad actual.

Búsqueda de alternativas

La búsqueda de alternativas a la situación actual requiere buscar puntos de apoyo. Éstos se encuentran en los ámbitos de realidad donde se conforman procesos de identidades colectivas, pero que, a la vez, sean ajenos de los que resultan de la "sobreimposición valórica" del aparato de dominación. Esto significa recuperar los distintos sentidos que puede asumir la construcción de la historia.

La realidad sociohistórica es una expresión de los proyectos impulsados por los diferentes actores sociales. La historia concreta que se vive y que deviene objeto de conocimiento se identifica con los contenidos de esos múltiples proyectos. Ello significa que la realidad sociohistórica es un producto del poder, pues en una medida importante su dinámica se corresponde con la reproducción de los sujetos mediada por la de sus proyectos.

En esta dirección, la conciencia histórica es creadora de cultura por cuanto contiene a las prácticas y a la memoria de los sujetos pero, asimis-

mo, es construcción de futuro porque la cultura es portadora de un potencial movilizador abierto a lo utópico como construcción de lo posible. La relación entre cultura y política es particularmente relevante en tanto ambas son dimensiones del esfuerzo por construir direcciones posibles.

Lo dicho obliga a entender a la política como utopía por estar referida a las potencialidades de transformación que se contienen en la realidad, en vez de restringirse a un simple quehacer operativo. Hay que distinguir entre política y administración de políticas, entre creatividad política y políticas de consolidación de proyectos particulares, entre voluntad de cambio y voluntad de gobierno; pero también diferenciar entre realismo y potenciación, entre orden y horizontes históricos por conquistar. En este sentido, la integración económica de América Latina expresa la política de consolidación del proceso de transnacionalización del capital, el que exige un orden funcional a su expansión y al cual tienen que reducirse todos los horizontes históricos alternativos.

Hasta hace muy poco la historia de América Latina se caracterizó por los esfuerzos por impulsar la construcción de proyectos nacionales. En la actual coyuntura se enfrenta el desafío de salir al paso de la apatía y del bloqueo mental, productos de los empeños de homogeneización que caracterizan a las lógicas de poder de los gobiernos. Se impone romper con este ángulo de fuerza en la lectura de la realidad, para encontrar y valorar los espacios, pequeños o amplios, desde los cuales impulsar procesos de cambio que avancen en la historización de la utopía alternativa. De lo contrario, tropezaremos con la indiferencia y el temor que, al lesmovilizar a la persona y a la población, generarán nuevos temores y mayor apatía. Ambas conducirán en definitiva a la ideología de la supervivencia, cuya manifestación más elocuente es el predominio de una conciencia reducida a los límites de las necesidades mínimas, esto es, a la aceptación de la pobreza y de la marginalidad; en una palabra, a profundizar la subalternidad sin la capacidad de reacción.

A pesar de los empeños sistemáticos por imponer una sola opción, comienzan a mostrarse síntomas de resquebrajamiento del proyecto (son ejemplos los sucesos de Venezuela, los saqueos de supermercados en Río de Janeiro, la inestabilidad en Colombia y Perú) que son explicables por el creciente empobrecimiento de vastos sectores sociales medios y populares.² El *quid* de la cuestión reside en si estas movilizaciones que-

² El 20% de los brasileños más adinerados reciben 26 veces (otros estudios hablan de 33 veces) más que el 20% más pobre. De otra parte, la ayuda internacional se dirige a quienes menos lo necesitan: el 40% más rico del mundo en desarrollo recibe el doble de ayuda per cápita en comparación con el 40% más pobre. Véanse los datos del último informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

darán en simple descontento espontáneo, coyuntural, o se plasmarán en fuerzas con capacidad para forjar alternativas. Es indudable que ello tendrá consecuencias sobre la naturaleza misma del proceso de integración latinoamericano: o éste se restringe a ser el espacio de la transnacionalización —que hasta el momento ha resultado en una mayor pobreza y en una más alta concentración del ingreso— o bien, además de constituir una apertura de las economías,³ se convierte en el vehículo para impulsar políticas que aseguren que un mayor crecimiento en los indicadores económicos que se corresponda con un mayor desarrollo social equitativo.

Sin embargo, el dilema ni siquiera pasa por la simple definición de políticas. Es más profundo. Inevitablemente nos lleva a la cuestión siguiente: si el desarrollo de la sociedad civil, por su propia dinámica, cuestiona al orden político en que descansan las políticas gubernamentales, parece inevitable que el gobierno tenga que adaptar la sociedad civil a sus necesidades. El orden político se transformará entonces en una frontera infranqueable para cualquier demanda de un proyecto alternativo, en la medida en que se identifica con una estrategia económica particular. Esta problemática nos remite a otra cuestión de fondo para entender el futuro de América Latina: ¿el proceso de acumulación, base de la actual estrategia de crecimiento, es compatible con políticas de legitimación construidas sobre la base de alianzas, esto es, con espacios democráticos?

La burguesía latinoamericana parece ser lo suficientemente voraz y poco empresarial para estar dispuesta a pagar los costos de ninguna legitimación, de modo de comprometerse en el largo plazo con sólidos proyectos democráticos.⁴ ¿Estamos, entonces, una vez más, a las puertas de nuevas formas de regímenes de fuerza que tenderán a concebir la integración simplemente como el espacio de la transnacionalización de las economías? ¿Acaso no estamos presenciando la tendencia de los gobiernos a recurrir cada vez más a las facultades de excepción, a la implantación de estados de emergencia, para no hablar de los autogolpes, prácticas políticas que pueden enfrentarnos con la situación de regímenes de fuerza de la más variada índole, incluso inadvertidas hasta hoy?

³ Sin embargo, los datos del PNUD muestran que 20 de 24 países industrializados son ahora más proteccionistas que hace diez años.

⁴ Datos del PNUD. Los países que gastan más del 4% del PIB en sus fuerzas armadas reciben dos veces más ayuda per cápita que los más pacíficos.

Consideraciones finales

Pensamos que la integración representa un espacio para una pluralidad de opciones, pues de no ser así simplemente es un disfraz de la transnacionalización y la política; se limita a ser una mera tecnología de poder, en vez de constituir la instancia de opciones para delimitar acciones en términos de visiones alternativas que resulten reconocibles en el marco de la utopía, que se lucha por transformar en proyecto de sociedad más libre y justa.

La producción intelectual, científica y artística ha de contribuir a fijar la necesidad de lo que está más allá de lo aceptado y conocido; de aquello que escapa a los conceptos establecidos y que, al decir de Adorno, constituye la mayor urgencia del pensamiento.

Por ello, con base en el esfuerzo por construir esta utopía, quisiéramos parafrasear el pensamiento de Walter Benjamin: "Futuro sólo podrá saber si las generaciones actuales toman en cuenta todos esos sueños de felicidad, otrora pastoreados por la religión y que ahora tienen que pasar por la conciencia histórica". Así se evitará que la historia, como decía Hegel, sea ese lugar del absurdo cuando se preguntaba ¿para quién y para qué finalidad ha sido inmolada esa asombrosa cantidad de individuos? Es un desafío a la vez político y de razón, si no queremos reducirnos a la condición de sobrevivientes.

Recibido en julio de 1992

Correspondencia: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Camino al Ajusco 20, 10740 México, D.F.

